os debe, y ¡oh dolor! la mayor parte de ellos no tienen centella de amor para con vos. ¡Qué abismo de ingratitud! Pero salgamos de él, y pasemos á ver como María sufre al pié de la cruz los mas sensibles dolores de la naturaleza.

CAPÍTULO XXIV.

Al hablar de los dolores de la naturaleza, no es mi ánimo decir que María los padece naturalmente como lo haria una pagana; hablo sí de los dolores, que la naturaleza le causa y que recibe ella de una manera de todo punto divina y sobrenatural. Para concebir algo de su grandeza es menester subir cinco gradas, que nos elevarán tanto cuanto basta para hacernos ver el esceso de estos dolores, ó al menos confesar que no hay lengua humana capaz de esplicarlos.

En primer lugar, es mujer, por consiguiente de un natural dulce, tierno y compasivo. Créese que por esta razon dieron los Latinos á las mujeres el nombre de *mulier à molli natura.* Podrá hallarse mayor fuerza, pero tambien mayor dureza en los hombres : las mujeres son por lo comun mas sensibles á la alegría y al dolor, las lágrimas les son mas familiares, y siempre se ha observado que las miserias ajenas escitan en ellas mas compasion que en los hombres : pero entre todas las mujeres ninguna tuvo un corazon tan tierno y compasivo como María.

En segundo lugar es madre; no hay amor que iguale al de una madre para con su hijo. Pero es madre de un Hijo único. El dolor de una buena madre en la muerte de su único hijo

no admite consuelo, porque su pérdida es irreparable. Además el Hijo único de quien es madre, vale mas que todos los hijos de todas las madres juntas; por tanto le ama ella mas de lo que todas las madres juntas hayan amado á sus hijos; por consiguiente el dolor natural que la acongoja en su muerte, es tal que todos los dolores de las otras madres jamás igualarian al suyo. Empero lo que debe exacerbar infinitamente su dolor, es que aquel Hijo único de quien se vé privada por la muerte, era para ella todas las cosas, y perdiéndole todo lo pierde.

Por esto llora con ella el devoto San Bernardo, y pone en su boca estas palabras tan llenas de ternura y amor : *Tu mihi pater, tu mihi mater, tu mihi sponsus, tu mihi filius, tu mihi eras omnia;* ó Jesus, hijo único de Dios vivo, é hijo único de tu humildísima esclava que te vé morir en esta cruz, tú solo eres para mí todas las cosas, eres mi padre, eres mi madre, eres mi esposo, eres mi hijo, eres mi Dios, eres mi alma, eres mi vida, eres mi precioso tesoro, tú solo eres para mí todas las cosas, y perdiéndote, lo pierdo todo y nada me queda ya : héme aquí despojada de todo; no tengo ya ni padre, ni madre, ni esposo, ni hijo, ni vida, y con perderte vengo á ser la mas desolada de las madres.

Pero subamos la tercer grada y verémos algo mas. Considerad que está presente á la tragedia sangrienta de la muerte de su único Hijo. Recibir de otro la noticia de alguna terrible desgracia es cosa tan aflictiva, que el infierno esperaba vencer la paciencia de Job haciéndole llegar por diversos criados, que de muy cerca se seguian, las infaustas nuevas de la pérdida de sus hijos y bienes en un mismo dia; pero sin duda hubiera sido mucho mayor su pesadumbre si él mismo hubiese visto los estragos y ruinas, que se le referian. Ahora bien, esta Madre no oye contar la trágica historia de la pasion de su adorado Hijo, sino que ella misma la vé; sus ojos son testigos de la crueldad con que se le maltrata, y todas sus heridas las recibe y las graba en su corazon : *Quot læsiones in corpore Christi; tot vulnera in corde Matris.* Ella misma reveló á Santa Brígida que el dolor que sintieron las criaturas

por la pasion y muerte de su Criador fué tan general y violento, que no solo el cielo y la tierra, los astros y los elementos manifestaron su duelo, sino que el corazon de sus propios verdugos estaba turbado hasta el punto de hacerles morir de tristeza mientras ellos le hacian morir de dolor; y que los mismos demonios, aunque enemigos jurados de Dios, esperimentaron por ello un aumento de penas mas crueles que su infierno. ¡Oh Dios de bondad! Dios de amor! ¡Qué estrago no haria en el corazon de la propia Madre dolor tan violento!

Cuando se quiere probar una espada y asegurarse de que no faltará á lo mejor del combate, se la prueba sobre las piedras, sobre el hierro, y sobre el bronce; y si corta las piedras, raspa el hierro y penetra hasta en el bronce, se tiene por cierto que cortará fácilmente brazos y cabezas, y que todo lo que sea menos duro que el mármol no será capaz de resistirla: hé aquí, pues, Vírgen Santísima, aquella espada hecha á toda prueba, de la cual os habló el santo anciano Simeon en el templo de Jerusalén. Hé aquí aquella espada de dolor que ha partido las piedras, traspasado el corazon de los verdugos y la impenetrable dureza de los mismos demonios, y finalmente se ha hecho sentir hasta de las cosas mas insensibles. ¿Pues quién comprenderá á qué estado redujo el corazon de la mas tierna de las madres?

Pero aquí es menester subir la cuarta grada para descubrir otra estension aun mayor de los dolores de esta Madre al pié de la Cruz: *Ibi dolores ut parturientis:* allí es donde ella sufre los dolores del parto. No los padeció cuando dió á luz á su Hijo en el portal de Belen; pero San Bernardo la contempla al pié de la cruz como pagando con usura en la muerte del Amado de sus entrañas los dolores, de que se vió libre en su nacimiento por su virginal pureza (1).

Réstanos dar el quinto y último paso para subir al mas alto grado de los dolores naturales, que padeció la Señora viendo

(1) *Nunc solvis, Virgo, cum usurâ dolorem quem in partu non habuisti, nunc millies replicatum Filio moriente passa fuisti.*

morir á su Hijo sobre el Calvario. Verle espirar con una muerte tan cruel como afrentosa es grande esceso de dolor: empero verle así padecer y morir sin poderle aliviar, antes bien duplicarle y renovarle las penas con su presencia, y no poderse alejar, es dolor incalculable, al cual nada puede añadirse ya. Para una madre que vé morir á su hijo entre sus brazos, es consuelo el auxiliarle segun las inspiraciones de su materno amor. ¡Pero ah! ¡Era preciso que la mas amante de las madres fuese tambien la mas atribulada y que no le alcanzase ni sombra de consuelo!

Oye á su Hijo clamar desde la cruz que le aqueja una sed cruelísima: *Sitio;* se acuerda de haberle muchas veces refrescado los labios con la leche de sus virginales pechos: querria convertir su corazon y su alma en una bebida cordial y dársela á fin de librarle de aquel tormento; pero no le es posible y tiene además el dolor de verle abrevado de hiel y de vinagre. ¡Quién es capaz de imaginar cuánta amargura derramaria en su corazon aquella hiel!

Vé á su amado Jesus todo cubierto de llagas, y ninguna puede curarle: se derraman por el suelo los torrentes de su sangre, y ni una gota puede recoger. ¡Oh sangre adorable, cuya menor gota es venerada por el cielo! ¡Oh licor precioso, cuya menor parte vale mas que mil mundos! ¡Así sois arrojado en el fango y pisoteado por los pecadores! ¡Y la Madre que conoce todo su valor, está viendo estas profanaciones!

Vé la cabeza de Jesus inclinada hácia ella, como si quisiese hablarle: sus ojos anegados en lágrimas mezcladas con las gotas de sangre que corren de su frente, son dos astros eclipsados, donde ya vé las sombras de la muerte; su boca entreabierta y su alma ya á punto de exhalarse no le dicen mas que una sola palabra, que le traspasa el corazon con mortal dolor: «Mujer, he ahí tu hijo;» señalándole á su discípulo San Juan, que está con ella al pié de la cruz. ¡Oh triste despedida, en la cual aun le falta el consuelo de que se le llame madre! No parece sino que con esto se echase un poco de agua en la encendida hoguera de su corazon para mas inflamarla.

San Agustin, el cual dice que el amor no considera lo que

puede hacer, sino siempre se persuade poder llegar al fin que anhela, nos describe los esfuerzos que esta Madre desolada y amante incomparable hace en el último esceso de su dolor por abrazar á su Hijo, á quien vé en el postrer instante de su vida. ¡Ah que al menos quisiera ella recibir en su seno sus últimos suspiros! Levanta los brazos mas bien con el deseo que con la esperanza de poder alcanzarle, pero en vano, que no es para ella tan suspirado consuelo, y sus brazos burlados vuelven á caer sobre ella doloridamente, y el amor la transporta de nuevo haciéndole renovar aquel esfuerzo angustioso. ¡Oh vano empeño de un amor burlado! ¡Cuánto atormentas el corazon de esta Madre!

«¿Tendré pues que veros morir delante de mí, ó preciosa vida de mi alma, sin poder morir con vos, ni dar mi vida por la vuestra? ¡Ah! él espira, ¿y aun vivo yo? Cerraos, ojos mios, vuestra luz se ha apagado; rómpete, corazon mio, pues murió tu Jesus; despedázate, pecho mio, pues tu Jesus no existe; sal, alma mia, ha muerto tu Jesus: ¿qué te queda en el mundo?» ¡Oh Madre desolada! ¡Oh María, mar de inmensa amargura! ¡Que no tenga yo un poco de vuestra ternura para ayudaros á sentir al menos alguna pequeña parte de vuestro sumo dolor! ¡Oh insensibilidad mia, cuán horrible me pareces! ¡Oh dureza mia, cuánto me asombras! ¡Ay! ¡con que soy mas duro que las piedras, mas duro que los verdugos de mi Redentor, mas duro que los demonios mismos! Ellos tiemblan, se penetran de horror y de espanto á vista de semejante espectáculo; mi corazon es de bronce y secos están mis ojos al contemplarle!

¡Oh Vírgen! á vos recurro como á madre de misericordia, piedad de mí; no permitais que yo viva y muera insensible como un réprobo; vos sois un mar de amarguras, de amor y de contricion; abundancia de ellas tiene vuestro corazon para repartirlas á los pobres pecadores: permitidme sacar de este gran mar alguna pequeña gota de vuestros divinos sentimientos. ¡Y que no pueda yo sumergir mi corazon en este mar inmenso de vuestras amarguras! *Fac me, Virgo, tecum flere, Crucifixo condolere, donec ego vixero.*

Basta tener sensibilidad para conocer que la naturaleza tiene sus dolores: basta ser racional para creer que estos llegan algunas veces á tal esceso que son mas amargos que la muerte: pero es preciso entender algo de la ciencia del espíritu para saber que la gracia tiene sus dolores del mismo modo que la naturaleza, y es preciso haberlo esperimentado por sí mismo para comprender que los dolores de la gracia son mucho mas vivos y mas fuertes que los de la naturaleza.

La gracia tiene sus pasiones, como la naturaleza tiene las suyas; pero como la gracia es superior á la naturaleza, así sus pasiones son sobrenaturales, es decir, mucho mas elevadas y mucho mas fuertes que todas las de la naturaleza. Hay en ella gustos y consuelos sobrenaturales, y no faltan cruces y desolaciones sobrenaturales, que propiamente son los dolores de la gracia, que á las almas donde esta abunda Dios hace padecer algunas veces de un modo tan terrible, que haciéndolas capaces de sufrirlos no las hace capaces de espresarlos. Job, que es uno de los hombres mas elocuentes que nos hayan hablado en la Escritura, los sentia de una manera tan cruel que nunca supo esplicarlos sino diciendo que Dios le hacia padecer de un modo admirable: *Mirabiliter me crucias* (Job. 10.) Admira y calla.

La mas fuerte de todas las pasiones de la naturaleza es el amor profano; la mas fuerte tambien de todas las pasiones de la gracia es el amor divino. Se piensa que todo él es dulce y suave, porque se sabe que es la fuente y la medida de la felicidad: pero hay notable diferencia entre el amor fruitivo y el amor paciente; es cierto que en sustancia es el mismo en el cielo y en la tierra, mas es tan diverso en sus operaciones que mientras en el cielo es la paz de las almas bienaventuradas, por el contrario sobre la tierra es el mas cruel perseguidor de las almas virtuosas.

Hablo con el gran apóstol San Pablo, que tenia bien conocida la índole del amor divino: oidle: *Omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur* (2. Timot., c. 3, v. 12.). Todos los que quieren vivir segun las leyes del amor divino, deben prometerse que él mismo será su perse-

guidor. ¿Y qué les hará padecer? En primer lugar les privará de todo lo que podia consolarlos segun la naturaleza, y los alimentará de cruces, de disgustos, de deseos, de mortificaciones tan amargas, que su vida será una larga muerte mientras se vean privados de ver al objeto de su amor. ¡Qué tormento estar siempre forzados á ver lo que no se ama, esto es, el mundo y las criaturas; y no poder ver lo que únicamente se ama, es decir á solo Dios! ¿Nó es esto vivir como en oscuro calabozo, en el cual no hay cosa que no disguste y aflija? Las lágrimas son dia y noche el pan de estas almas, cuando se les pregunta: ¿dónde está aquel Dios, que tanto amais?

Esta primer persecucion trae otras muchas en pos de sí, porque parece que su amor se complace en crucificarlas de mil modos; él fué quien durante las persecuciones de los tiranos condujo á la muerte á millones de mártires: él quien en medio de la paz de la Iglesia sigue tratando á los suyos como á víctimas destinadas al sacrificio: á unos aprisiona en soledades horrendas; á otros reduce á una estremada pobreza; á estos condena á vivir de solo pan y agua; á otros azota hasta derramar su sangre; y á todos los consume con tantas austeridades que en el esceso de sus penas acaba con su vida; y cuanto mayor es el imperio del amor divino sobre las almas, con tanto mas esfuerzo redobla sus rigores. Es preciso haber pasado por sus manos para graduar la intensidad de los dolores de la gracia y confesar que los de la naturaleza son nada en su comparacion.

¿Pero quién los ha esperimentado en toda su fuerza como la Santísima Vírgen al pié de la cruz? Allí la Madre de la divina gracia es traspasada por los mas vehementes dolores de la gracia; allí es donde verdaderamente se ostenta reina de los mártires, porque su martirio es mas perfecto, mas noble, é infinitamente mas cruel que el de todos los otros mártires. ¡Oh martirio singularísimo é incomparable, en el cual la víctima sacrificada es una Madre de Dios, el sacerdote que sacrifica es el amor divino, el altar es la verdadera cruz, y el fuego que la consume es el fuego del cielo! Un rostro no se

representa en un espejo tan al vivo como los dolores de la pasion y muerte de Jesucristo en el corazon de la Madre lastimosa; y esta era obra del amor, que le hacia sufrir los dolores de la gracia. Jesucristo dijo á uno de sus Apóstoles: *Philippe, qui me videt, videt et Patrem meum*: apóstol mio, tú deseas ver á mi Padre, vele en mi persona; quien me vé, vé tambien á mi Padre, porque en nada somos diferentes. Aquí empero nos dice: *Qui videt me, videt et matrem meam:* miradme en esta cruz, y contemplad bien todos mis dolores, y decid luego que habeis visto á mi Madre y habeis visto lo mas íntimo de su alma, porque ella es un espejo que me representa perfectísimamente. Su cuerpo no os muestra llagas sangrientas, como las veis en el de su único Hijo; ¿pero quién ignora la natural virtud del rayo, que algunas veces rompe y pulveriza una espada en su vaina sin que la vaina reciba daño alguno? A este modo el dolor de aquella cruel pasion como un rayo animado perdonando su cuerpo que dejó sin heridas, pasó á herir su corazon y su alma; ella misma nos lo dice en sus lamentaciones: *Subversum est cor meum in semetipso: quoniam amaritudine plena sum.*

¡Y qué asombro no es verla sobrevivir á todas estas muertes y mantenerse firme é inmoble al pié de la cruz, á vista de un espectáculo que pone en conmocion al universo! ¡Oh amor mas fuerte que la muerte! El sacrificio del Hijo está ya consumado por la muerte, y el de la Madre aun continúa por el amor. Habiendo espirado el Hijo en la cruz ya no es capaz de sentir dolor alguno; y la Madre aun vive al pié de la cruz para sufrir el cruelísimo dolor del golpe de la lanza, con que su corazon fué traspasado: el cuerpo del Hijo recibe la herida, pero no siente el dolor; luego solo el corazon de la Madre lo siente por entero. Y así ella misma lo reveló á Santa Brígida: *Tunc videbatur, quod quasi corpus meum perforabatur, cum vidissem corpus Filii mei perforatum.*